

senda de la libertad eran lentos, y no podían ser de otra manera.

Tres siglos enteros el águila mexicana había permanecido en una jaula oscura, y cuando salió por fin en libertad, sus ojos, acostumbrados á las tinieblas, no pudieron desde luego soportar el brillo del sol; sus alas, entorpecidas por la falta de ejercicio, no pudieron llevarla á las regiones elevadas de la atmósfera; y por esto, durante los primeros años de la independencia, la vemos revolotear sobre el suelo; pero fija la vista en la luz, cada día se eleva más á bañarse en sus celestes rayos.

Durante la serie de nuestras luchas civiles, los dos partidos predominantes, cuyo origen hemos explicado, tomaron diferentes nombres segun las circunstancias particulares en que se encontraba el país.

En 1825, D. José María Alpuche é Infante, cura de una parroquia del Estado de Tabasco, y senador por el mismo Estado, formó el proyecto de oponer á la influencia de las logias escocesas otras constituidas bajo el rito de los antiguos masones de York, y los retrógrados, ántes realistas, siguieron apellidándose *escoceses*, mientras que los liberales, ántes insurgentes, se titulaban *yorkinos*.

Posteriormente en 1836, cuando estaba á la órden del día la discusión sobre si la forma federal ó la central convendría mejor á la República Mexicana, los liberales se llamaban *federalistas*, y sus contrarios *centralistas*.

Cuando el pronunciamiento del general Paredes en San Luis en 1845, sus partidarios tenían la osadía de trasformarse en *monarquistas* contra los *republicanos*; y un periódico pagado con dinero español, *El Tiempo*, trató de preparar á la nación, á pesar de haber fracasado tan completamente la loca expedición de Barradas en 1829, á someterse de nuevo al yugo de la metrópoli: una de las muchas pruebas que existen en nuestra historia, de que la España nunca supo resignarse á la pérdida de esta rica colonia.

A consecuencia del motin de Tacubaya, los partidos se dividieron en *Tacubayistas* y *Constitucionalistas*, los que hoy día se llaman *reaccionarios* y *puros*.

A estas diferentes denominaciones, tenemos que agregar otra más, y es la que intentó el ex-embajador Pacheco, pues distingue entre el partido *español* y el *anti-español*; y si bien no sería justo hacer á todos los hombres que por su desgracia se encuentran filiados en el primero, el agravio de suponerlos mas adictos á nuestra

antigua metrópoli que á su país natal, por que la patriótica conducta que muchos de ellos han observado en estos últimos días, prueba lo contrario: en otro sentido sí son exactos estos nombres, pues los reaccionarios representan en efecto todas las preocupaciones y errores y vicios que nos dejaron por herencia los españoles, mientras que los liberales odian al español, no tanto por su nacionalidad, sino en cuanto quiere atentar contra nuestra independencia y como representante de los principios retrógrados.

El progreso del partido liberal en la República ha sido constante, aunque trabajoso á causa de la tenaz resistencia del bando contrario; pues desde el año de 1814 hay en la nación una brisa poderosa, interrumpida á veces por los pasajeros triunfos de la reaccion, que impulsa el espíritu público hácia la libertad.

Por más rocas que se le hayan opuesto, el torrente de la libertad ha seguido su curso!

Por más obstáculos que se hayan arrojado en su camino, el carro de la reforma, semejante al de aquel dios del Indostan, ha pasado sobre ellos, pulverizándolos con sus poderosas ruedas!

Y todavía este gran partido no ha pronunciado su última palabra.

Saben que no hay una verdad absoluta en el mundo, por esto, *como el niño en la cuna, busca y encuentra reposo solo en el movimiento.*

Convencido de la perfectibilidad del hombre, nunca se contenta con las victorias que ha ganado; nunca quiere descansar sobre su lecho de laureles, sino aspira sin cesar á nuevas revoluciones, pues las considera como *larvas* de que ha de salir bajo formas siempre más perfectas y hermosas la civilización humana.

Cuanto más bebe en la fuente de la libertad, tanta más sed tiene de beber en ella!

No pierde el tiempo en llorar un paraíso perdido: con el indomable ardor de la juventud, trata de conquistarse otro nuevo, cuyas radiantes puertas ya las cree ver despuntar en el horizonte.

En Mexico, como en todo el mundo, solo á este partido pertenece el porvenir!

No queremos negar que la realidad no concuerda todavía con el cuadro ideal que acabamos de trazar; que hasta ahora nos hemos contentado con sentar los principios sin cuidarnos mucho de ponerlos en práctica; que solo la primera parte del lema *todo por el pueblo*, ha tenido realizacion;

pero falta la segunda: *todo para el pueblo!* que muchos hombres, bajo la careta de demócratas, no han hecho más que desprestigiar por sus actos y por su conducta, al partido liberal y á las ideas que profesa; pero para la vida de un pueblo, años equivalentes á segundos, y una vez conquistados los principios, el trabajo de reformar conforme á ellos á toda una sociedad, requiere no solo tiempo, sino á hombres especialmente dotados por la naturaleza; y de estos hombres, de estos grandes géneos organizadores, cada siglo no produce sino un número muy limitado.

Para hacer el desmonte de un terreno y convertirlo en tierra de labor, el trabajo del fuego es rápido, pero lento y difícil el de arrancar despues los troncos y raíces que han quedado: y se necesita para esto mayor paciencia y mayores fuerzas, que para incendiar el monte.

Si encontramos, pues, todavía, muchos defectos en este partido, nunca debemos desalentarnos, ni desesperar de verlos desaparecer unos tras otros en el curso de los años,

En aquellos tiempos lejanos, en que los pájaros hablaban y las flores les respondían, existía un príncipe que amaba ardentemente á una jóven, superior en belleza, gracia y talento á todas las demas jóvenes de la tierra, porque su madrina, una hada poderosa, le habia regalado estos dones en la hora en que nació. Quiso ésta poner á prueba el amor del príncipe, y trasformó á su hermosa ahijada en mujer vieja y fea y harapososa. El ojo del amante no supo reconocer á su querida á través de semejante disfraz, y la hada, para castigar su poca perspicacia le arrebató á la jóven por largo tiempo.

De la propia manera, muchos buenos liberales no tuvieron la perspicacia suficiente de reconocer á la Libertad, cuando empezó en 1858 á empuñar las armas para la última lucha, que tan gloriosamente terminó en Diciembre de 1860, pues, viéndola marchar entre ruinas y cadáveres, les sobrecogió la duda y se apartaron espantados de su lado. Pero estamos convencidos de que, aunque la vieran otra vez, por desgracia, con andrajos y manchada de sangre, siempre para ellos *¡vera incessu patebit Dea!*

Dijimos, que *así en Mexico, como en todo el mundo, solo al partido liberal, pertenece el porvenir.*

Y para que esta verdad se haga aún mas patente, bosquejaremos en pocas líneas al partido de la reaccion,

Estacionario por su propia naturaleza; enclavado en las costumbres é ideas de sus padres, por mas malas que sean; interesado en la subsistencia de todos los abusos y errores del pasado,—como aves nocturnas en la de las ruinas donde anidan—este partido mira siempre hácia atrás, y de las dos caras de Jano representa la del anciano decrepito.

¡Mientras que todo marcha en derredor suyo, este partido no se mueve!

Por mas que griten los Galileos de todos tiempos: *¡E pur si muove!*—este partido niega el movimiento.

Por este motivo se le pueden adaptar aun hoy día, los retratos que de él se hicieron, años y siglos atrás!

¡Quién no cree ver pintada,—excepto pocas particularidades,—á la República mexicana antes del triunfo del partido liberal, al leer lo que Víctor Hugo dice acerca de la España de los siglos XVI y XVII!

“Hé aquí lo que ha perdido á la España: en primer lugar, la manera con que el suelo estaba repartido. En España, todo lo que no pertenecía al rey, pertenecía á la iglesia ó á la aristocracia. El clero español era,—si se nos permite usar de esta palabra severa pero evangélica—*escandalosamente* rico. El arzobispo de Toledo tenia en tiempo de Felipe III, 200,000 ducados de renta, los que representan hoy día, cosa de 5 millones de francos. La abadesa de Huelgas, en Burgos, era señora de 24 ciudades y de 50 pueblos, y tenia además, la colacion de 12 encomiendas. El clero, sin contar los diezmos y las prebendas, poseía una tercera parte del suelo; el rey y la grandeza poseían el resto. Las haciendas de los grandes de España eran casi pequeños reinos. Los reyes de Francia desterraban á un duque y par á sus tierras; los reyes de España desterraban á un grande á sus *Estados*. Los señores españoles eran los mas grandes propietarios, los mas grandes cultivadores y los mas grandes pastores del reino. En 1617, el marqués de Gebráleon tenia 800,000 cabezas de ganado menor. De ahí venia, que provincias enteras, como Castilla la Vieja, p. e., quedaban sin cultivo y abandonadas á servir de pasto á los ganados. Sin duda la propiedad y agricultura en pequeño tienen sus inconvenientes; pero tambien tienen admirables ventajas. En cada surco, por decirlo así, está afianzada una argolla invisible, que liga al propietario con la sociedad. El hombre ama á la patria á través del campo. Que posea un rincon de tierra ó la

mitad de una provincia—si posee, todo está dicho: ¡Hé aquí el grande hecho!—Pues bien, cuando el rey, la iglesia y la aristocracia poseen todo, el pueblo no posee nada; cuando el pueblo no posee nada, no tiene interés en nada. ¡Al primer viento de caer al Estado!

“En segundo lugar, la intolerancia religiosa. Los obispos ejercían un influjo enorme en España. Todo clero pobre es evangélico; todo clero rico es mundano, sensual, político, y de consiguiente tolerante. Su posición es envidiada. Tiene necesidad de defenderse. Necesita de una arma; la intolerancia es una. Con esta arma hiere la razón humana, y mata la ley divina etc., etc.”

“¿Quién no reconoce en la clasificación de los enemigos de nuestra independencia—el alto clero, los comerciantes más importantes, los grandes propietarios, el personal de los que aquí tan malamente se han llamado aristócratas, en fin, todos aquellos que consideraban el objeto de las sociedades vinculado en las prerogativas monacales, en el monopolio y en los empleos”—a los mismos enemigos de nuestro actual sistema de gobierno!

El partido reaccionario, íntimamente unido al partido clerical, *nunca aprende ni nunca olvida*. No comprende, pues, la época en que vivimos, y por mayores esfuerzos que haga, no podrá volver a entronizarse entre nosotros, porque contra él lucha en favor del partido liberal *el mismo espíritu del siglo* con la flameante espada de la verdad.

Vuelan las lechuzas en derredor de la luz; se empeñan en apagarla con sus negras alas; pero lo único que conseguirán será—quemárselas!

Y si son malos los principios del partido retrógrado—peores son sus actuales prohombres: ladrones, plagiarios, estupradores, asesinos, y un clero en gran parte tan ignorante, tan fanático y tan corrompido, que muy bien se puede pronosticar. Si no cambia de vida, pronto no se creará en México en otra Trinidad, que en la de la bandera tricolor!

Réstanos que hablar todavía del llamado partido *moderado*, aunque propiamente dicho, no es un partido, sino una fracción del partido liberal.

No tiene programa, no tiene principios fijos.

Es el partido de las medias-tintas, de los términos medios, de los acomodamientos, de las transacciones, de las fusiones.

Es moralmente cobarde, porque nunca

se atreve á sacar las últimas consecuencias lógicas de las verdades que él mismo ha proclamado como tales.

Es el partido del día de *ayer*: siempre queda un día atrasado á las ideas del siglo.—En 1857 se opone á la libertad de cultos; en 1862 desea, que á pesar de la absoluta independencia del Estado y de la Iglesia, las tropas hagan los honores al Viático, como si con semejantes exterioridades consiguiera apaciguar el rencor del clero, rabiando por la pérdida de sus bienes y fueros.

Cree equivocadamente que solo él puede organizar la sociedad, porque los ultra-liberales tienen que comenzar destruyendo.

Quiere que otros siembren para que él coseche; quiere que otros carguen la odiosidad de las reformas, que necesariamente tienen que herir intereses particulares, y una vez planteadas, tratan de sacar de ellas el mayor provecho posible.

Es numeroso, porque abundan en el mundo hombres pusilánimes, y de convicciones á medias; pero no siempre el número representa la fuerza.

No tiene juventud, no tiene energía, no tiene vitalidad!

Repetimos, pues, por tercera vez: *en México como en todo el mundo, solo al partido liberal pertenece el porvenir!*

Mucho se habla de crear en la República un partido nacional. No hay necesidad de hacerlo: *el partido liberal es el verdadero partido nacional!*

CAPITULO V.

El Progreso en México.

Es asombrosa la rapidéz con que la humanidad ha progresado desde principios de este siglo—así material como intelectualmente, aunque en el orden moral todavía no podamos, por desgracia, lisonjarnos de esto mismo.

Ménos que nunca desea descansar. Para su eterna caminata, léjos de ser efecto de una maldición, como la de la leyenda, es verdaderamente una maldición de Dios: pues caminando progresamos, y progresando nos acercamos cada día más á la realización de nuestro último fin, expresado en las tres palabras:

¡Libertad—Igualdad—Fraternidad!

La invención del vapor, que eleva la fuerza á su mayor potencia; la del telégrafo electro-magnético, que quita su acción al tiempo en las distancias, parecen

comunicar su impulso á todos los ramos del adelanto humano.

La palabra *imposible*, ya no tiene sentido en nuestro siglo.

Pero si bien es justo conceder á la Europa el insigne honor de llevar en muchos de estos ramos el estandarte del progreso, México también reclama—y con justicia—los títulos que en esta parte lo engalanan; y aunque parezca una paradoja, sostenemos y probaremos, que el progreso que esta nación ha tenido durante los cuarenta años que cuenta de existencia, ha sido *comparativamente* mayor y más rápido que el de ninguna otra del mundo.

Cuando el reloj de los tiempos marcaba el año de 1810, para México, entónces todavía Nueva-España—estaba atrasado por lo ménos dos siglos.

Al principio del siglo XIX, nosotros estábamos en el siglo XVII.

Como *“la Belle au Bois dormant”* habíamos dormido en este país encantado durante más de doscientos años.—La historia pasó sobre nosotros, sin que sintiéramos el zumbido de sus poderosas alas.—Las noticias de los grandes sucesos que conmovían al resto del mundo, no penetraban á estas regiones, sino como un eco débil y casi imperceptible.—Encerrados bajo una campana pneumática, no teníamos aire que respirar, y el ruido de las guerras y de las revoluciones y de las invenciones contemporáneas, moría en las paredes de nuestra prisión.

El canto matutino del gallo francés en 1789, que hizo levantarse á todas las demás naciones del globo, apenas llegó á nuestros oídos: seguimos durmiendo todavía durante veinte años más, hasta que la voz de Hidalgo, el grito de Dolores, nos despertó por fin de nuestro letargo secular.

El tiempo anterior á los memorables sucesos de 1810, es un período de sueño, de silencio, de monotonía; y el hombre que no conoce á México sino en la época actual, con suma dificultad podrá formarse una idea de lo que era entónces.

Para poder apreciar, pues, en todo su valor, los enormes adelantos que esta nación ha hecho desde aquel año, es preciso fijar bien el punto de partida, representando bajo su verdadero aspecto el estado social en que entónces nos encontrábamos.

Veamos en qué términos lo describe Zavala y otros historiadores mexicanos.

“..... Se acumulaban capitales de mucha consideración en pocas manos, y se establecía la desigualdad de fortuna, y con ella la esclavitud y la aristocracia.

En medio de estas riquezas, cuyo origen, aunque no del todo feudal, era debido á privilegios, á concesiones, á rentas perpetuas ó vitalicias sobre la tesorería real, al monopolio, á abusos de la superstición y de la autoridad, y muy poco á la industria de los poseedores, la masa de la población estaba sumergida en la más espantosa miseria. Tres quintos de la población eran indígenas, que sin propiedad territorial, sin ningún género de industria, sin siquiera la esperanza de tenerla algún día, poblaban las haciendas, rancherías y minas de los grandes propietarios. Una parte considerable de estos miserables estaban—y están todavía—en pequeñas aldeas que se llaman pueblos, manteniéndose de la pesca en las lagunas, de la caza y del cultivo de tierras ajenas, ganando su subsistencia de sus jornales. Muy pocos son los que se ocupan en un género de industria mezquina, como cultivo de granas, fábrica de rebozos y de sombreros, de canastas y cosas de este género, que apenas bastan para una miserable subsistencia.

“Existía, pues, una desigualdad de fortunas tan grande como entre personas que podían gastar ciento y aun quinientos pesos diarios, y otras que no podían consumir dos reales. Debe notarse, que aunque existe también esta desigualdad en Europa, especialmente en Inglaterra, siempre la desproporción entre los ricos y los pobres es mucho menor en la segunda, lo que hace más fácil la repartición de la riqueza, y además los consumos de los ricos en Europa, son de efectos proporcionados por la industria nacional, en vez de que en México las ropas y todos los artículos de lujo venían de los países extranjeros; resultando de aquí mayores dificultades para adquirir la subsistencia y los medios de vivir con descanso.

“La dependencia del pueblo era una especie de esclavitud, consecuencia necesaria de este estado de cosas, de la ignorancia en que se mantenía, del terror que inspiraban las autoridades con sus tropas, su despotismo y su orgullo, y más que todo de la inquisición, sostenida por la fuerza militar y religiosa superstición de clérigos y frailes fanáticos, sin ningún género de instrucción.

“La enseñanza primaria era muy rara en las pequeñas poblaciones, y las escuelas que se establecían en las grandes capitales, estaban dirigidas por los frailes y clérigos según sus propios principios é intereses, ó por legos ignorantes que enseñaban á mal leer y escribir y algunos prin-

cipios de aritmética para llevar la cuenta en los almacenes de comercio. El catecismo del Padre Ripalda, en que están consignadas las máximas de una ciega obediencia al Papa y al rey, era toda la base de su religión. Los niños aprendían de memoria estos elementos de esclavitud; y los padres, los sacerdotes y los maestros, los inculcaban constantemente.

«En los colegios se enseñaba la latinidad de la edad media, los cánones, y se enseñaba la teología escolástica y polémica, con la que los jóvenes se llenaban las cabezas con las disputas eternas é ininteligibles de la gracia, de la ciencia media, de las procesiones de la Trinidad, de la promoción física y demás sutilezas de escuela, tan inútiles como propias para hacer á los hombres vanos, orgullosos y disputadores sobre lo que no entienden. Lo que se llamaba filosofía era un tejido de disparates sobre la *materia prima formas silogísticas* y otras abstracciones sacadas de la filosofía aristotélica, mal comentada por los árabes. La teoría de los astros se explicaba de mala manera, para poner en horror el único sistema verdadero, que es el de Copérnico, contra el cual se lanzaran los rayos de la inquisición y del Vaticano. Ninguna verdad útil, ningún principio, ninguna máxima capaz de inspirar sentimientos nobles ó generosos, se oía en aquellas escuelas del jesuitismo. Se ignoraban los nombres de los maestros de la filosofía y de la verdad, y Santo Tomás, Escoto, Belarmino, la madre Agreda, y otros escritores tan extravagantes como éstos, se ponían en manos de la juventud que desconocía absolutamente los de Bacon de Verulamio, Newton, Galileo, Locke y Condillac. No se sabía que hubiese una ciencia llamada *Economía Política*: los nombres de Voltaire, Volney, Rousseau, d' Alembert, etc., eran pronunciados por los maestros como los de unos monstruos que había enviado la Providencia para probar á los justos. Las obras de éstos y otros filósofos, nunca entraban en las costas hispano-americanas; los inquisidores tenían un celo superior á la codicia de los negociantes; y como por otra parte, los que hacían el comercio eran todos españoles fanáticos, ignorantes y con otros medios de ganar, jamás se ocupaban en introducir ninguna obra extranjera, que pudiese despertar los celos del clero ni la animadversión de las autoridades cuyo principal interés marchaba de consuno con el de la corte, para mantener en la abyección y en el embrutecimiento á

los habitantes del Nuevo Mundo, en donde gobernaban sin oposición y se aprovechaban de sus inmensas riquezas.

«La autoridad suprema la ejercía el virey de Nueva España, que reunía el mando de las armas al ejercicio del gobierno político y superintendencia de hacienda.

«El poder judicial, que parecía estar en alguna manera independiente, porque se ejercía por los jueces de primera instancia, subdelegados y corregidores, estaba á prueba de la firmeza y de la virtud de los magistrados, cuando el virey ó el capitán general tomaban algún interés en los pleitos ó en los juicios; y siendo presidentes de audiencias, en donde debían terminarse, era imposible obtener justicia contra la voluntad de un virey. Los procesos se eternizaban, y no era extraño ver durar una causa cuarenta, cincuenta, ó cien años, sin ver su término.

«El influjo del clero era sumamente poderoso, porque se extendía desde la corte vireinal hasta la humilde choza del indio. Los obispos, por medio de los curas y de los frailes, ejercían una dominación universal. La confesión y el púlpito, que elevaban esta clase sobre todas las demás, los hacían considerar como los depositarios de los grandes secretos domésticos, los encargados de la doctrina, y los árbitros de la llave del cielo. ¿Quién podía resistir á estos títulos de dominación universal? ¿Qué hombre se atrevería á hablar como igual con el que sabía sus más secretas flaquezas, sus delitos, sus faltas, sus intrigas y sus inclinaciones? El bello sexo, que siempre ejerce un imperio poderoso en la sociedad, se humillaba ante el tribunal de estos dioses de la tierra, como ellos se denominaban, que habían penetrado hasta los últimos atrincheramientos de sus conciencias. Desde el púlpito, que se llamaba la cátedra del *Espíritu Santo*, hablaba al pueblo como maestro el que sabía los pecados de sus ovejas; y hé aquí un poder, una autoridad contra la cual nadie puede luchar. Pero el rey y sus viceregentes disponían de estos resortes poderosos, y desde España se nombraban para ocupar las sillas episcopales, las diócesis de estos países, hombres encargados de dar cuenta de lo que observaban, á sus dos soberanos, el papa y el monarca español, cadenas más fuertes que las que han imaginado los poetas ligaban en el aberno á Promoteo y á Sisifo.»

En pocas palabras, el pueblo, con rarísimas excepciones, vegetaba, pero no vivía. La inquisición y el vireinato, el poder

del cielo y el poder de la tierra, pesaban como dos manos de plomo sobre su pecho, deprimiendo todas sus aspiraciones por más naturales y legítimas que fueran.

«*Al rey y á la inquisición—chitón!*» eran la base de sus conocimientos.

Respecto al sistema político y administrativo, el gobierno español lo tenía establecido en sus colonias sobre las seis bases siguientes:

1^ª Solo el terror que produce el pronto castigo de las más pequeñas acciones que pudiesen inducir á desobediencia: es decir, sobre la más ciega obediencia pasiva, sin permitirse el exámen de lo que se mandaba, ni por quién.—«Sepan mis súbditos», dijo en una ocasión Carlos III, el rey español reputado por más liberal, «que han nacido para obedecer, y no para discutir las providencias de su soberano.»

2^ª Sobre la ignorancia en que se debía mantener á aquellos habitantes, los que no podían aprender más que lo que el gobierno quería, y hasta el punto que le era conveniente.

3^ª Sobre la educación religiosa, y principalmente, sobre la más indigna superstición.

4^ª Sobre una incomunicación judaica con todos los extranjeros.

5^ª Sobre el monopolio del comercio, de las propiedades territoriales y de los empleos.

6^ª Sobre un número de tropas organizadas de tal manera, que ejecutaban en el momento las órdenes de los mandarines, y que más bien eran gendarmes de policía que soldados del ejército para defender el país.

Zavala nos traza igualmente un cuadro tan exacto como lúgubre, del género de vida que tenían los mexicanos. Dice:

«La mayor parte de los que dirigen el comercio del país, eran, con pocas excepciones, *polizones*; nombre que se daba á los jóvenes pobres, que salían de las provincias de España para pasar á América, llevando por todo vestido un pantalón, un chaleco y una chaqueta con dos ó tres camisas. Muchos, apenas sabían leer y escribir, y no tenían otra idea del mundo y de los negocios, que la que podían adquirir durante su travesía; pues en su aldea apenas habían oído otra cosa, que los sermones del cura y las consejas de sus madres. No tenían idea de lo que valía un peso fuerte de América; muchos creían que no había más rey que el de España en el mundo, ni otra religión que la cristiana, ni otro idioma que el español. Iban consig-

nados á algún pariente que había hecho allí negocio, y entraban en su noviciado.

«Por la mañana temprano se vestían para ir á la iglesia á oír la misa diaria. Después volvían á casa, á desayunarse con el chocolate; abrían el almacén, y se sentaban á leer algún libro de devoción, después de arreglar las cuentas. Almorzaban á las nueve, y á las doce cerraban sus tiendas para comer y dormir la siesta. A las tres se rezaba el *rosario*, y se abría después de este rezo la tienda hasta las siete de la noche, en que se volvía á rezar el *rosario* y se cantaban algunas alabanzas á la Virgen. Cada quince días debían confesarse y comulgar, y en la cuaresma concurrían á los sermones de sus parroquias. Este género de vida era uniforme, á excepción de los domingos y grandes festividades, en que salían al paseo ó iban á los toros. Los dependientes seguían por lo regular á sus amos, y muy pocas veces se separaban de ellos. Las conversaciones se reducían al precio de los efectos, que no ofrecían muchas variaciones, porque como había un monopolio riguroso desde Cádiz á Barcelona, todo estaba arreglado. No había papales públicos, no había teatro, no había sociedad, no había bailes, ni ninguna de esas reuniones en que los hombres se ilustran por las diversiones, ó de las en que los dos sexos, procurando agradarse mutuamente, refinan el gusto, endulzan sus costumbres, y perfeccionan la naturaleza.»

Solo al leer la descripción que antecede, se le caen á uno los párpados de sueño.

«¡Dios mío! ¡qué vida era aquella! La de un vivo encerrado en una tumba. Se siente uno como sufocado al representarse con la imaginación todo cuanto ella tenía de pesada, de mística, de lúgubre.

«¡Para qué esta atmósfera tan diáfana! ¡para qué este sol tan radiante! ¡para qué todas estas galas de la naturaleza tropical; cuando atmósfera y sol y naturaleza, todo, todo estaba como envuelto siempre en negros crespones!

«¡Y qué sistema político!—Despotismo, fanatismo y monopolio!—hé aquí las tres columnas que lo sostenían.

Y aunque tuviéramos que pagar con cuarenta años más de revoluciones y guerras civiles, el haber sacudido semejante yugo; aunque tuviéramos que sacrificar nuestros últimos bienes y las últimas gotas de nuestra sangre, la inefable dicha de haber respirado un solo día—no más—el aire vivificador de la libertad, no sería pagada demasiado cara.

Es cierto, que la metrópoli dió á su co-

lonia todo ó casi todo cuanto pudo darle; pero por desgracia nuestra, esto valia aun ménos tal vez, que el estado del salvaje, quien, sin las menores nociones de civilizacion, vaga libre por las sabanas, por los montes y por las sierras.

Con mucha razon exclama D. Lorenzo Zavala en 1830:

"Desde el año de 1810 hasta el presente, es decir, en el espacio de una generacion, es tal el cambio de ideas, de opiniones, de partidos y de intereses que ha sobrevenido, cuanto basta á trastornar una forma de gobierno respetada y reconocida y hacer pasar siete millones de habitantes desde el despotismo y la arbitrariedad hasta las teorías más liberales."

Con cuánta más razon dirémos nosotros en 1862 lo mismo; y si aquel historiador tenia todavía fundamentos en aquella época para añadir: "Solo las costumbres y hábitos que se transmiten en todos los movimientos, acciones y continuos ejemplos, no han podido variarse, porque, ¿cómo pueden las doctrinas abstractas hacer cambiar repentinamente el curso de la vida? De consiguiente, tenemos en contradiccion con los sistemas teóricos de los gobiernos establecidos, esos agentes poderosos de la vida humana, y no podrán negar los fundadores de las formas republicanas, que hasta ahora solo han vestido con el ropaje de las declaraciones de derechos y principios al hombre antiguo, al mismo cuerpo ó conjunto de preocupaciones, á la masa organizada y conformada por las instituciones anteriores;" — cada día es ménos cierto esto, y cuanto más se afianzan los principios del partido liberal, encarnándose, por decirlo así, completamente en nuestra sociedad, tanto más perderemos, como ya la hemos perdido en gran parte, toda semejanza con aquella horrible sociedad, que fué formada bajo la funesta influencia del sistema colonial de la España.

Si podemos demostrar ahora, como trataremos de hacerlo, que en varios ramos la República mexicana se encuentra hoy día casi á la altura de la civilizacion europea, y que en el mas importante de todos, que es el que comprende las bases de la organizacion política, estamos sin duda alguna mas avanzados que todas las naciones del antiguo y aun del nuevo continente, creemos haber probado lo que dijimos al principio de este capítulo, que en los cuarenta años que cuenta de existencia, su progreso ha sido *comparativamente* mayor y mas rápido que el de ninguna otra nacion del mundo.

Pero antes de presentar esta demostracion importantísima, queremos hacer una manifestacion.

El Sr. Pacheco, en el discurso que pronunció en el senado de la Península, asienta que todas las ilustraciones de este país pertenecen exclusivamente al partido que él llama *español*.

Rechazamos con indignacion esta especie, no solo por ser del todo falsa é injusta, sino porque en cuanto á lo que pueda contribuir á nuestro progreso, no queremos admitir distincion de partidos.

Todo mexicano amante de su patria, sea conservador, sea moderado ó sea liberal, será igualmente bien recibido por la nacion, si trae su piedra para cooperar á la construccion del templo de la gloria y felicidad de la República!

La base de toda buena organizacion social es la educacion.

Esta verdad está hoy plenamente comprendida en México, así por las autoridades como por los particulares, y con loable empeño, y en muchos casos con muy buen éxito, los mexicanos se ocupan en reformar el vicioso sistema de enseñanza que les dejaron los españoles.

Hace pocas semanas publicamos el prospecto de un nuevo establecimiento científico, el cual recibió una acogida entusiasta por parte de todos los liberales.

En dicho prospecto se encuentran pasajes como los siguientes:

"En la generacion naciente residen nuestras mas caras esperanzas, y para que podamos recoger un día ópimos frutos del árbol de la reforma, sus raíces deben penetrar en el corazon y la inteligencia de la juventud. Nadie duda de la inmensa influencia que ejerce la educacion sobre el ánimo tierno de los jóvenes, y con razon atribuye el abate Gaume las grandes revoluciones que agitan periódica pero saludablemente el seno de la sociedad moderna, á la educacion clásica, que él llama pagana. Por este motivo es tan temible la compañía de Jesus, pues en todos países su principal afan es apoderarse de la enseñanza, oscureciendo la inteligencia, pervertiendo las aspiraciones naturales y legítimas del corazon humano hácia la luz y el progreso, y dirigiéndolas á fines reprobados por la sana razon.

....."La historia está llena de saludables ejemplos. Si la primera convencion francesa se hubiera ocupado con mas asídúo afan en la enseñanza de la juventud, conforme á los principios que habia establecido, nunca la llamada Res-

tauracion hubiera podido volver á entronizarse con su séquito de marqueses y jesuitas.....

"Asi como en la esfera política se ha establecido la completa division entre el Estado y la Iglesia, de la misma manera trataré de establecerla entre la ciencia y la religion, entre saber y creer, entre la inteligencia con los ojos abiertos y la fé ciega. *La educacion religiosa debe pertenecer exclusivamente al dominio de la familia y de la Iglesia.* La ciencia ya no necesita ponerse bajo la tutela de la religion; ambas deben quedar enteramente independientes, porque es imposible que puedan marchar siempre de consuno, por mas ingeniosos que sean los esfuerzos que se hagan para poner, v. g., la Biblia en concordancia con los últimos progresos de la ciencia, principalmente en cuanto á la astronomía, geología, historia y cronología. En un establecimiento científico, las materias que se enseñan á la juventud, deben ser las mismas para los que profesan distintas religiones: que el cuadrado de la hipotenusa es equivalente á la suma de los cuadrados de los dos catetos, es una verdad tan incontestable para un católico como para un pagano. Borrare por estos motivos de la lista de los ramos que se han de enseñar en este establecimiento, todos los que tienen relacion con la religion, como la doctrina cristiana por el padre Ripalda, la historia sagrada por el abate Fleury, explicacion de los misterios de la religion y otros semejantes, y como el objeto de toda educacion es el de formar á un mismo tiempo hombres y ciudadanos, enseñaré á los jóvenes los principios fundamentales, sobre los cuales descansa nuestra organizacion política y social.

"Considerando yo como más importante el desarrollo de la inteligencia que el de memoria, sin desconocer, sin embargo, la utilidad de esta última como medio y ayuda de la primera, acostumbraré á los jóvenes á una palabra que es la clave de todo saber, la palabra *por qué*. Deberán preguntar, investigar, escudriñar siempre el por qué, la causa, la razon de todo cuanto se les enseña; no deberán nunca *jurare in verba magistrí*, sino comprenderlo todo, y hacerse de esta manera verdaderos dueños de la ciencia. Les enseñaré á pensar, á formarse ideas, á ejercitar de este modo sus facultades intelectuales, así como se desarrollan y robustecen las fuerzas corporales por medio de la gimnástica. Abandonaré por la misma razon casi del todo el método de los llamados *textos*, y lo sus-

tituiré por el sistema oral y analítico, haciendo que el discípulo busque y encuentre por sí mismo las verdades científicas.

"Por lo que se observa en los niños de mas tierna edad, que reciben simultáneamente, y por decirlo así, jugando, una infinidad de impresiones diversas, sin que estas se confundan en su mente, me he convencido de que no es necesario hacer estudiar á la juventud los diferentes ramos del saber, uno despues del otro, sino todos más ó menos al mismo tiempo. Ninguna ciencia puede considerarse como aislada, todas están en íntima relacion entre sí; no son mas que diferentes eslabones de una gran cadena intelectual. Y si bien es verdad que para comprender, por ejemplo, á fondo la astronomía, es preciso tener conocimientos muy avanzados de las matemáticas, existen, sin embargo, en ella ciertas leyes que un profesor hábil puede poner al alcance de la inteligencia hasta de un niño de muy corta edad. De la misma manera no hay inconveniente ninguno en enseñar varios idiomas á la vez, cuidando solo de hacer notar siempre las diferencias que se encuentren entre ellos. La única objecion que se podia hacer á este principio, es, que el tiempo no puede alcanzar para tantos estudios simultáneos, se refuta fácilmente, no solo por el ejemplo de otros países, donde este sistema se practica hace tiempo con el mejor éxito, sino tambien porque la supresion de varias materias relativas á la religion, que figuran en los programas de los demás colegios, dará lugar á sustituirlas por otras de mayor importancia y utilidad."

La antecedente exposicion de los principios sobre los cuales tratamos de establecer la enseñanza, prueba mejor que nada la altura á que ya hemos llegado en esta materia: altura de que están lejos todavía muchas naciones europeas.

Esto en cuanto á la teoría.

En cuanto á la práctica, podemos decir con orgullo; que en la República la instruccion primaria ha tenido un aumento de 500 por ciento sobre el estado que guardaba ántes de la independenciam, y en algunos Estados puede competir tal vez con la de la Europa; el número de los mexicanos que no saben leer ni escribir disminuye diariamente, y es comparativamente menor que en España. Aun en Francia, que tanto se precia de ilustrada, gran parte de los habitantes del campo se encuentra todavía sumergida en la más profunda ignorancia.

En el Estado de Guanajuato existian en